

RESCATE GRIS

RESCATE GRIS

Cristian Perfumo

Perfumo, Cristian

Rescate gris / Cristian Perfumo. - 1a ed. - Puerto Deseado :
Gata Pelusa, 2018.

255 p. ; 20 x 13 cm.

ISBN 978-987-26978-4-6

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas de Misterio. I. Título.
CDD A863

Edición: Trini Segundo Yagüe

Diseño de tapa: The Cover Collection

www.cristianperfumo.com

© Cristian Perfumo, 2018

Primera edición: octubre de 2018

*Tanto la erupción del volcán Hudson en agosto de 1991
como todos los escenarios que forman parte de esta
novela son reales.*

*Este libro está dedicado a todos los que mordimos el
polvo durante aquellos días.*

Es decir, a todas las aves fénix.

CAPÍTULO 1

Martes, 13 de agosto de 1991, 7:30 a. m.

El primero en avisarme de que algo no iba bien fue mi despertador a cuerda. No por el sonido, idéntico al de cualquier otra mañana, sino porque cuando estiré la mano para silenciarlo, me lo encontré cubierto de polvo. Parecía que nadie lo hubiera limpiado en años.

Al encender la pequeña lámpara junto a la cama, descubrí que una especie de niebla blanca flotaba en el aire.

Olía a azufre.

—Graciela, ¿qué pasó? —dije.

Pero a mi lado el colchón estaba vacío. Rarísimo, porque Graciela terminaba de dar clases en la escuela para adultos a las once y media de la noche y difícilmente se iba a la cama antes de la una. En los siete meses que llevábamos viviendo juntos, nunca se había despertado antes que yo.

—Amor, ¿dónde estás? —la llamé alzando la voz. No hubo otra respuesta que el sonido de las ráfagas de viento chocando contra el techo de chapa.

Me levanté de la cama dispuesto a salir de la habitación, pero me detuve en seco al ver que la cómoda también estaba cubierta de tierra.

Le pasé un dedo por encima, trazando un recorrido

en forma de ese sobre la madera lustrosa. El polvillo gris que recogí con el índice era fino como el talco y mucho más áspero que el que se acumula en los rincones por falta de plumero. Parecía que durante la noche alguien hubiera vaciado varias bolsas de cemento frente a un ventilador gigante dentro de mi casa.

—Graciela, ¿qué pasó? —grité.

Recorrí con grandes zancadas el pasillo que llevaba a la cocina-comedor, pero no la encontré ahí, ni en el baño, ni en la otra habitación.

—¡Graciela! —volví a llamarla después de revisar toda la casa, ya sabiendo que era inútil.

Regresé a la cocina, donde el polvo también cubría cada mueble, cada adorno, cada centímetro. La pava de acero inoxidable en la que Graciela calentaba el agua para sus mates todas las mañanas estaba helada. En el perchero, junto a la puerta del comedor, faltaba su abrigo.

Un ruido en el patio delantero me hizo acercarme a la ventana. A pesar de que todavía era de noche, noté que el portón de madera que daba a la calle estaba abierto. El viento, que aquella mañana soplaba igual de fuerte que siempre, lo hacía dar latigazos contra la verja.

Sin embargo, aquel pedazo de madera sacudiéndose como movido por una mano invisible era apenas un detalle. Lo verdaderamente inusual era la ausencia de colores en el patio. A las caléndulas, las únicas plantas que un pésimo jardinero como yo podía mantener vivas en el frío patagónico, les faltaba el naranja de los pétalos y el verde de las hojas. Asomarme a la ventana fue como ver una oscura foto en blanco y negro de nuestro jardín. Todo el color había quedado sepultado bajo ese polvo que caía del cielo como una nevada gris.

Intenté no perder la calma, repitiéndome que tenía que haber una explicación lógica para lo que pasaba afuera y para la ausencia de Graciela. A lo mejor todo aquello no era más que un sueño.

Una ráfaga de viento empujó la ventana amena-

zando con abrirla. El polvo que trajo consigo emitió un siseo rápido al chocar contra el vidrio. Entonces distinguí las pisadas de una única persona alejándose de la casa por el caminito de hormigón que atravesaba el jardín.

Cuando abrí la puerta, miles de partículas me golpearon la cara haciéndome lagrimear de manera casi instantánea. Parpadeando sin control, hice un esfuerzo por concentrarme en las huellas, que sin duda eran de las zapatillas de mi mujer. Atravesaban el portón de la verja y continuaban en la misma dirección, perpendicular a la fachada de la casa, para desaparecer un par de metros más adelante en la franja de tierra rocosa que separaba la calle de la vereda. Ahí la superficie era demasiado irregular para distinguir nada.

De todos modos, quedaba claro que Graciela no había bajado al asfalto, porque las únicas huellas que había ahí eran de unos neumáticos que se acercaban a mí y luego volvían a alejarse para continuar por el medio de la calle.

El corazón empezó a latirme un poco más rápido. En plena tormenta de ese extraño polvo, Graciela había salido de casa y se había subido a un vehículo. La historia que contaban todas esas marcas no admitía otra explicación.

Maldije haber llevado mi auto al taller y eché a correr tras el rastro de las ruedas. Treinta metros más adelante, al pasar frente a la casa de mi vecino Fermín Almeida, noté su silueta recortada en la ventana de la cocina. Como casi siempre, estaba sentado en una silla mirando para afuera. Al verme, levantó una botella y bebió un trago.

A pesar de que tenía el viento de espaldas, la irritación en los ojos me arrancó unas cuantas lágrimas más antes de superar la esquina de la casa de Fermín. Me pasé la mano para secármelas y noté un efecto abrasivo sobre la piel. Los dedos me quedaron marrones, como si los acabara de meter en el barro.

Continué corriendo durante trescientos metros. Al llegar a la calle San Martín, la principal de Puerto Deseado, estuve a punto de convencerme de que estaba soñando. El centro del pueblo estaba absolutamente desierto, como si acabara de estallar una bomba nuclear.

El nudo que tenía en el estómago se me cerró un poco más al ver que el par de huellas que venía siguiendo se unía a varias otras. No eran más de una docena, pero resultaban suficientes para que me fuera imposible distinguir cuáles pertenecían al vehículo que había recogido a Graciela.

—¿Dónde estás? —pronuncié por lo bajo.

Sin saber qué hacer, giré sobre mis talones y volví a casa lo más rápido que me permitió el viento en contra. Antes de entrar, eché una última mirada a la postal desoladora en la que se habían convertido las calles de mi pueblo. En el halo redondo y amarillento de un farol del alumbrado público vi cómo caían a raudales kilos y kilos de aquel polvo gris que lo cubría todo.

Tenía que estar soñando. ¿En qué lugar del mundo se había visto que lloviese tierra?

Cuando me saqué el abrigo dentro de casa, cayeron a mis pies puñados de polvo. Me llevé una mano a la cabeza y noté el pelo duro. En el baño, la imagen que me devolvió el espejo me dejó paralizado. Tenía el pelo, la cara y hasta las pestañas grises, como si me hubieran maquillado para actuar de estatua viviente. Solo en mis mejillas, donde las lágrimas se llevaban el polvo, se revelaba el verdadero color de mi piel.

Me lavé la cara hasta que el agua que goteaba de mi barbilla dejó de ser de color marrón. Después puse los ojos debajo del chorro y parpadeé intentando calmar un poco el ardor. Por último, me enjuagué la boca pastosa y escupí una arenilla oscura que me hizo acordar a una

visita al dentista.

Volví a mirarme al espejo. Los ojos habían dejado de producir lágrimas y ahora me devolvían una mirada inyectada en sangre. El pelo seguía empolvado, y por el cuello me chorreaban gotas pardas.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué era ese polvo gris que se tornaba marrón al entrar en contacto con el agua?

Me dirigí hacia el comedor con intención de encender la radio, pero antes sonó el teléfono.

—Hola.

—Raúl Ibáñez, ¿cómo estamos? Qué día raro, ¿no?

La voz, exageradamente nasal, tenía el deje áspero de muchos años de tabaco y alcohol.

—¿Quién es?

—Lo de raro no lo digo solamente por la ceniza. ¿Te falta algo en casa?

—¿Quién habla?

—Vayamos al grano, Ibáñez. Ni a vos ni a mí nos interesa perder el tiempo. Tu mujer está bien, no te preocupes que todavía no le hicimos nada.

Me quedé petrificado, incapaz de responder.

—¿Qué hiciste con los tres millones de dólares?

Un escalofrío me recorrió la espalda. Ahora sí entendía quién me llamaba.

—Se los devolví a la policía —dije.

—Una parte, sí. ¿Pero qué hiciste con el resto?

—¿Qué resto?

—No te hagas el vivo, Ibáñez. Sabemos que a la policía le devolviste la mitad. Si no nos das el millón y medio con el que te quedaste, no ves nunca más a tu mujer.

—No. No, esperá. Hay un error. Yo le devolví toda la plata a la policía. Tres millones de dólares.

—¿Sabés qué, Ibáñez? —dijo casi sin dejarme terminar la frase—. Vamos a mantener el honor de caballeros. Te creo. Pero ahora tenemos a tu mujer y pedimos un millón y medio a cambio. No tiene nada que ver con el dinero que nosotros pensamos que nos robaste, te lo ase-

guro.

La inflexión sarcástica que el tipo dio a su voz gan-gosa me causó repulsión. Mis dedos se cerraron sobre el auricular con la fuerza con la que hubieran apretado su garganta.

—Si le tocan un pelo...

—No, no, no, no, no, Ibáñez. Te voy a explicar cómo funciona un secuestro en la vida real: el secuestrador pide, el familiar del secuestrado cumple. Tu papel es cumplir, Ibáñez, no decirme que me vas a matar si le pasa algo a tu mujer. Eso dejalo para los héroes de las películas.

—¿De dónde quieren que saque yo un millón y medio de dólares? Soy enfermero, y para llegar a fin de mes hago trabajos de soldadura.

—Entiendo que no va a ser fácil despedirte de una fortuna así. Por eso te voy a dar veinticuatro horas.

—¿Despedirme? No, te repito, hay un error. Yo no me quedé con un solo...

—Te daría más tiempo, pero no veo la hora de irme de acá, Ibáñez. En la radio dicen que no se sabe cuánto tiempo puede pasar hasta que se disipe esta ceniza de mierda.

—¿Ceniza? —dije, pensando en voz alta.

—Si querés información, prendé la radio, Ibáñez. No soy un noticiero. Yo estoy acá para que devuelvas la guita y recuperes a tu mujer.

—De verdad, te juro que hay un error. Yo le devolví todo a la policía. No me quedé ni un solo billete...

—Tenés veinticuatro horas —me interrumpió—. No las malgastes tratando de convencerme. Andá a buscar la guita donde sea que la tenés escondida y no hables de esto con nadie. Mucho menos con la policía, porque nos vamos a enterar y entonces, *pum*, chau Graciela, ¿entendés? Te llamo dentro de dos horas.

Antes de que pudiera decirle nada más, colgó.

CAPÍTULO 2

Jueves, 6 de diciembre de 2018, 7:30 a. m.

«Antes de que pudiera decirle nada más, colgó.»

Termina de teclear la frase en la máquina de escribir y saca la hoja del carrete. Le duelen un poco los dedos. Normalmente, lo más largo que escribe son emails. Además, teclear en una Olivetti no se parece en nada a hacerlo en una computadora. Es como pasarse de su Audi a un coche sin dirección asistida.

Se levanta de la silla y le crujen las rodillas. «Después de los cincuenta, si no te cruje algo es porque estás muerto», oyó decir por ahí. Y él tiene cincuenta y cinco. Increíble que ya tenga cincuenta y cinco, piensa.

Se frota las rótulas con las manos, un poco porque le duelen y otro poco porque de la cintura para abajo es un cubito de hielo. No le vendría mal que el calefactor que tiene a un par de metros funcionara, pero la casa en la que se metió lleva deshabitada mucho tiempo y la compañía de gas tiene la mala costumbre de cortar el suministro cuando no se pagan las facturas.

Para que se sienta aun peor, en la pared principal del comedor la estufa a leña le ofrece su boca abierta, como un animal que espera ser alimentado. Podría encenderla —incluso hay algo de leña polvorienta al costado del artefacto—, pero entonces cualquier vecino podría notar el

humo de la chimenea y lo descubrirían.

Menos mal que vino en diciembre. Están a quince días de que la primavera dé paso al verano y la temperatura es de cuatro grados.

Se dirige a la valija enorme que trajo consigo y busca la que será su única fuente de calor durante estos días. Aparta la ropa, los paquetes de arroz, fideos y las latas de conserva. También hace a un lado la caja de madera de cincuenta habanos Montecristo. Por fin, en el fondo encuentra el pequeño maletín de plástico negro.

Lo abre y saca el infiernillo de cámping que compró en una ferretería de Comodoro. Anafe le dice todo el mundo, pero a él le gusta más el nombre que venía impreso en la caja: infiernillo. En la valija encuentra también los doce tubos de butano que compró en la misma ferretería. Son unos aerosoles un poco más grandes que desodorantes.

Mete uno en el infiernillo, baja la palanca y un zum-bido líquido le avisa que ya está todo listo. Gira una perilla hasta el final y el gas se enciende con un chasquido. *Voilà*, ya tiene un fuego donde cocinar. Y donde calentarse un poquito, piensa mientras se frota las manos sobre la llama.

Vuelve a la valija y se dispone a ordenar todos sus víveres. Abre una alacena de la cocina en la que solo hay una lata de polvo para pulir ollas. Sonríe. Le parece increíble que, justamente en Puerto Deseado, alguien haya comprado eso. Increíble y también absurdo, porque después del 91 media provincia tuvo polvo de pulir gratis durante años.

Guarda los paquetes de comida en la alacena. Verlos ahí, uno al lado del otro, lo tranquiliza. Tiene suficiente como para no salir a comprar en varios días.

La vibración de su teléfono anuncia un nuevo mensaje. Es Dani, su único hijo.

«Papá, esto no da para más. Necesito que vengas a ayudarme.»

No le responde. Por suerte tiene configurado el telé-

fono para que Dani no pueda ver que él leyó su mensaje.

El indicador de batería del aparato se pone en rojo, avisándole de que no le queda más que un cinco por ciento. Instintivamente busca un enchufe, pero pronto recuerda que la casa lleva años sin electricidad y se ríe de lo inútil que se vuelve uno cuando le quitan las comodidades a las que está acostumbrado.

Otra ventaja de haber venido en diciembre: tiene luz natural desde las cinco de la mañana a las once de la noche.

Rebusca en su equipaje hasta dar con una de las tres baterías externas que trajo. Según el que se las vendió, cada una sirve para dos cargas del teléfono. Así que son seis cargas en total. Considerando lo poco que lo usa, tiene de sobra incluso si los planes se alargan.

Conecta el aparato y vuelve a la alacena. Se decide por un sobre de sopa instantánea de pollo. Usa el más pequeño de los recipientes de metal que compró en la ferretería. Ideales para ir de cámping, dijo el ferretero, porque no pesan y se meten uno dentro del otro para ahorrar espacio. El más grande es, en efecto, una olla en la que se puede hacer pasta para dos personas. El más pequeño, una taza algo más ancha que alta.

Tiene suerte de que aunque la casa lleve tiempo deshabitada, no le hayan cortado el agua. Era el punto débil de su plan. Pero el agua no tiene medidor en Puerto Deseado y a veces no la cortan ni siquiera después de años de morosidad.

Sin luz y sin gas, en diciembre puede vivir, pero sin agua no. Se tendría que haber ido a un hotel o salir a comprar botellas de vez en cuando. Ambas opciones arriesgadas, porque podrían reconocerlo.

Cuando la sopa hierve, la quita del fuego y, tras soplar un par de veces, le da un trago. Aunque se quema un poco los labios, el líquido caliente en el estómago le sienta genial. Con la taza entre ambas manos, vuelve a la Olivetti y relee lo que acaba de escribir.

Muy mal, piensa. Pésimo. Tendría que haber empezado el relato ocho días antes de la ceniza. Si no cuenta lo del accidente, el resto no se entiende nada.

Entonces deja la sopa a un costado y pone una nueva hoja en el carrete.

CAPÍTULO 3

Lunes, 5 de agosto de 1991, 8:00 a. m.

Viajar trescientos kilómetros para que me tomaran un examen de cuarenta minutos no me causaba ninguna gracia. Pero si querías estudiar una carrera universitaria viviendo en Puerto Deseado, aquella era la única opción. Mucho más difícil que ahora, que hasta los electrodomésticos están conectados a la nube. En la era pre-internet, te mandaban los apuntes de cada materia por correo y una vez por mes tenías que viajar a la sede de la Universidad de la Patagonia, en Comodoro Rivadavia, para presentarte a exámenes.

En mi caso, la carrera era Enfermería. Yo había trabajado como enfermero del ejército hasta hacía dos años, cuando me había surgido la posibilidad de pasarme al mundo civil incorporándome al hospital de Puerto Deseado. Estaba bastante cansado del ambiente militar, así que pedí la baja de las fuerzas armadas. Y aunque, como me había dicho una vieja pediatra en aquel momento, «un hospital no es un cuartel», me adapté relativamente rápido.

El problema fue que a los pocos meses de empezar en el hospital, salió una nueva ley que exigía título universitario a todo el personal de enfermería de la provincia. Como mi título de enfermero estaba emitido por el Minis-

terio de Defensa y no el de Educación, no servía. La única manera de conservar el puesto era empezar la carrera universitaria durante el primer año de vigencia de la ley y terminarla en menos de cinco. Si vivías en Puerto Deseado, eso significaba desplazarte tres horas de ida y tres de vuelta para cada examen. Aquella mañana, la materia en cuestión era Psicología Evolutiva.

Por suerte, el día había amanecido perfecto para un viaje en la ruta. En el cielo no había una sola nube que acompañara al sol bajo del invierno y el asfalto estaba libre de escarcha. En el campo, ya sin rastros de la nevada de la semana pasada, varias manadas de guanacos aprovechaban para pastar en el suelo descongelado.

El trayecto era monótono, sobre todo para alguien que lo había hecho tantas veces como yo. Sin embargo, lejos de ser un problema, esa monotonía me daba tres horas para repasar mentalmente los temas más importantes del examen.

Además, este viaje particular también tenía otro propósito: a mi flamante Renault 9, al que yo llamaba simplemente «el Nueve», ya le tocaba el primer *service*, y quería hacérselo en el centro oficial de Comodoro. No es que en Puerto Deseado no tuviéramos buenos mecánicos. Coco Hernández podía ser igual o mejor que los de Comodoro, pero con Coco sabías cuándo entraba tu auto al taller y no cuándo salía. «En un par de días lo tenés», te decía, y podían pasar meses.

Iba por el kilómetro setenta, en medio de una de las rectas más largas de la Argentina, cuando vi por el espejo retrovisor un vehículo negro que crecía conforme se acercaba a mí. En una ruta tan monótona y desolada como aquella, cualquier interacción con otro ser humano generaba anticipación, aunque fuera un conductor apurado que te pasaba y se perdía en el horizonte.

El coche se abrió al otro carril cuando todavía le faltaban más de doscientos metros para alcanzarme. En cuestión de segundos, me pasó como si el Nueve hubiera

estado estacionado. Era una coupé Fuego preciosa que, a juzgar por los ciento diez kilómetros por hora que marcaba mi velocímetro, iba como mínimo a ciento sesenta.

En menos de un minuto me había dejado atrás de manera considerable. Un minuto más y se transformaría en apenas un punto negro delante de mí. Pero antes de que eso sucediera, las luces de freno se encendieron y el coche se pasó al carril contrario con un movimiento brusco intentando esquivar un guanaco. Las ruedas izquierdas se salieron del asfalto y, en el afán de rectificar, el conductor pegó un volantazo hacia la derecha que lo puso perpendicular a la ruta, lanzándolo al campo a toda velocidad.

Fuera de control, la coupé avanzó entre las matas bajas hasta que una de las ruedas delanteras se hundió en una grieta en la tierra, haciendo que el auto comenzara a dar vuelcos.

Miré atónito cómo el vehículo giraba varias veces sobre sí mismo, golpeando la tierra con el techo y con las ruedas de manera alternada, mientras dejaba a su paso una polvareda que no tardaba en disiparse con el viento.

Los guanacos huyeron al galope, cruzando el asfalto y saltando el alambrado para internarse en el campo.

Paré el Nueve a la altura del vuelco y me bajé corriendo. La Fuego había dado muchísimas vueltas, arrancando a su paso el alambrado que había a cincuenta metros.

Lo primero que pensé al ver en la distancia aquel amasijo de metal fue que, por suerte, había quedado con las ruedas hacia abajo. Eso haría más fácil ayudar a quien estuviera dentro. Sin embargo, mis esperanzas se desvanecieron a medida que me fui acercando. El techo estaba hundido casi a la altura de la parte baja de la ventanilla, como si un enorme gigante hubiera aplastado el vehículo como una lata de cerveza.

Por la ventanilla del conductor, que había quedado reducida a una ranura de apenas veinte centímetros, vi que no había nadie entre el asiento y el volante manchado de sangre. Miré a mi alrededor en busca de un cuerpo que pudiera haber salido despedido por el parabrisas para terminar tendido en el campo. Nada. Rodeé el vehículo y entonces sí vi un pie descalzo de mujer que asomaba por lo que había sido la ventanilla trasera. Tenía las uñas pintadas de violeta.

Me acerqué y metí la cabeza con cuidado, procurando no tocar el pie con la mejilla. Con el vuelco, la conductora había terminado en el hueco entre los asientos de atrás y los de adelante, doblada en una posición imposible. Tenía la cabeza encajada debajo del asiento delantero, la cadera sobre una gran valija beige, un pie asomando por la ventanilla trasera y el otro girado en una posición antinatural.

—¿Estás bien? —pregunté, fijándome en el torso, que no parecía subir y bajar con la respiración.

No hubo respuesta. Solo rompían el silencio el siseo de una manguera que no había acabado de perder todo el aire y el crepitar del metal del motor enfriándose.

—Hola, ¿me escuchás? No te preocupes que ahora seguro que pasa alguien y lo mandamos a Jaramillo a llamar una ambulancia.

Nada.

Le hundí la uña de mi pulgar en la planta del pie y no obtuve reacción. Mala señal. Esa mujer necesitaba asistencia inmediata.

La coupé estaba tan deformada que me fue imposible abrir la puerta. Di la vuelta al vehículo, pero el lado del conductor estaba aún peor. La única forma de abrir era con un soplete.

Logré meterme al auto por la ventanilla del acompañante. Intentando no lastimarme con los vidrios rotos y metales en punta, serpenteé hasta el asiento trasero. Entonces vi el enorme charco de sangre que se extendía

debajo del pecho de aquella mujer y supe que era demasiado tarde para ayudarla. Ponerle una mano en el cuello para comprobar que no tenía pulso fue una formalidad.

Cerré los ojos durante un momento. Por más enfermero que fuera, un golpe así nunca era fácil de encajar.

Aunque no había duda de que esa mujer estaba muerta, me dispuse a cumplir con mi obligación de pedir ayuda médica. No tenía claro si me convenía hacer los cincuenta kilómetros que faltaban hasta Jaramillo, donde había teléfono pero no ambulancias, o volver los setenta hasta Deseado. O quizás lo mejor era esperar a que pasara otro vehículo. Aunque, en una ruta como aquella, podían faltar horas para que eso sucediera.

Tras revisarle los bolsillos sin éxito en busca de alguna identificación, empecé a arrastrarme hacia atrás para salir del auto. Fue entonces cuando vi una rajadura en la tela beige de la valija sobre la que había quedado apoyado el cuerpo. Al reconocer el contenido, me quedé perplejo.

Dólares. Fajos y fajos de dólares manchados de sangre.

Sentado en el asiento del acompañante, me detuve a pensar durante un segundo. La mujer estaba muerta, así que ya no tenía sentido apurarse para llamar a una ambulancia. Me sentí mal al darme cuenta de que me importaba más qué hacer con la valija llena de dólares que el cadáver retorcido sobre ella.

Lo correcto, sin duda, era devolver ese dinero a su dueño. Pero, ¿quién transporta esa cantidad de efectivo en un vehículo particular? Tenía que ser dinero proveniente de algún negocio sucio. No había muchas opciones: la droga, el juego o la prostitución. Más razón aún para devolverlo. Ponerse en contra de esa gente era un pésimo plan.

Por otra parte, si me lo quedaba...

Los billetes que yo acababa de descubrir eran de cien. Recordé una película policial que había visto con Graciela hacía poco en la que unos tipos se robaban una valija llena de fajos idénticos. Si la memoria no me fallaba, en una de tamaño estándar cabían varios millones. ¿Tres? ¿Cinco? No logré recordar el número exacto, pero en cualquier caso era muchísimo dinero. Tanto que no pude dejar de fantasear con lo que haría con una cantidad así.

No trabajar nunca más, para empezar. Hacerme con varias propiedades para alquilar, viajar por el mundo. Comprarme un autazo, o varios. Y una casa en Bariloche frente al lago. Sí, eso haría, y probablemente me sobraría más de la mitad. Es lo que pasa cuando uno tiene mentalidad de pobre.

Además, ¿qué pasaría si dejaba el dinero ahí? Seguro que se lo quedaba la policía, o algún juez. O se lo repartían. Algo me decía que esos dólares se esfumarían antes de llegar a constar en ningún papel.

Miré hacia afuera por la ventanilla destrozada. En la ruta no se veía ningún movimiento.

Respiré hondo y me puse de rodillas sobre el asiento para volver a asomarme a la parte de atrás. Tiré de la valija intentando moverla, pero solo logré que el tajo se hiciera más grande y revelara aún más fajos de dólares.

Entonces recordé que en la coupé no había puertas traseras. Salí del coche por la ventanilla, activé una palanca que sobresalía del tapizado de cuero y el respaldo del acompañante se inclinó con un crujido de vidrios rotos, facilitándome el acceso a los asientos de atrás.

Empujé un poco a la mujer para quitarle peso a la valija y entonces sí, con cuidado de no seguir rompiéndola, logré sacarla del vehículo.

Llevarla hasta mi auto, a casi cien metros por el medio del campo, fue mucho más difícil aún. Tardé varios minutos en recorrer el terreno seco e irregular, cubierto de matas negras, coirones y alguna planta de calafate. En

todo ese tiempo, lo único que hice fue pensar en que si alguien pasaba por la ruta, vería mi auto y la coupé volcada y se bajaría a ayudar. Entonces ¿cómo le explicaría que me estaba llevando del lugar del accidente, literalmente, kilos de dinero?

Como si mis pensamientos hubieran invocado a la mala suerte, cuando llegué al asfalto vi un punto rojo que se acercaba a toda velocidad.

Tranquilo, Raúl, me dije a mí mismo. Si su auto era un punto en el horizonte para mí, el mío también lo sería para él. Desde tan lejos le era imposible ver cómo yo abría a toda prisa el baúl de mi auto y metía la valija dentro.

Una vez que los dólares estuvieron escondidos, di unos pasos en el asfalto y empecé a agitar los brazos mirando al punto rojo, que poco a poco fue transformándose en una camioneta.

CONTINUAR LEYENDO

Rescate Gris

Querido lector,

¿Qué tal? ¿Te está gustando la historia? Espero que sí.

Para conseguir tu ejemplar de *Rescate Gris*, visitá la web:

www.cristianperfumo.com/rescate

Si tenés cualquier duda, podés escribirme a:

cristian@cristianperfumo.com

¡Un abrazo!

Cristian

SOBRE EL AUTOR

Cristian Perfumo, radicado en Barcelona tras vivir mucho tiempo en Australia, escribe novelas de misterio y suspenso ambientadas en la Patagonia, donde se crió.

La primera, *El secreto sumergido* (2011), está inspirada en una historia real y lleva ya seis ediciones, con miles de copias vendidas en todo el mundo. Además, se ha traducido al inglés y se ha editado en sistema Braille. En 2014 publicó *Dónde enterré a Fabiana Orquera*, que agotó varias ediciones en papel y en julio de 2015 se convirtió en el séptimo libro más vendido de Amazon en España y el décimo en México. La novela ya ha sido traducida al francés. *Cazador de Farsantes* (2015), su tercera novela con frío y viento, también agotó su primera tirada. *El coleccionista de flechas* (2017), su cuarto thriller ambientado en la Patagonia, ganó el Premio Literario de Amazon y está siendo actualmente traducido al inglés.

Más novelas de Cristian Perfumo

EL COLECCIONISTA DE FLECHAS

La calma de una pequeña localidad patagónica se rompe cuando uno de sus vecinos aparece muerto con signos de tortura en su sofá.

Para la criminóloga Laura Badía, este es el caso de su vida: además de la brutalidad del asesinato, de la casa de la víctima han desaparecido trece puntas de flecha talladas hace miles de años por el pueblo tehuelche y cuyo valor es incalculable.

Con la ayuda de un arqueólogo venido de Buenos Aires, Laura se embarcará en la resolución de un misterio que no solo la llevará al glaciar Perito Moreno y a los enclaves más remotos de la Patagonia, sino también a recorrer el lado más oscuro de la mente humana, un lugar donde las mentiras y la codicia se esconden en cada recodo del camino.



Ganadora del Premio Literario Amazon 2017

www.cristianperfumo.com

EL SECRETO SUMERGIDO

Marcelo, un joven buzo aficionado, busca en las aguas heladas de la Patagonia el lugar exacto del hundimiento de la Swift, una corbeta británica del siglo XVIII. Cuando la persona que más sabe del naufragio en todo el país aparece asesinada con un mensaje extraño en el regazo, Marcelo descubre que su inocente pasatiempo constituye una amenaza enorme para cierta gente. No sabe a quién se enfrenta, pero sí que compite con ellos por reflotar un secreto que, después de dos siglos bajo el mar, podría cambiar la historia de aquella parte remota del planeta. Encontrarlo será difícil. Seguir con vida, aún más.



Basada en una historia real. ¡Miles de ejemplares vendidos en todo el mundo!

www.cristianperfumo.com

DÓNDE ENTERRÉ A FABIANA ORQUERA

Verano de 1983: En una casa de campo de la Patagonia, a quince kilómetros del vecino más próximo, uno de los candidatos a intendente de Puerto Deseado despierta en el suelo. No tiene ni un rasguño, pero su pecho está empapado en sangre y junto a él hay un cuchillo. Desesperado, busca a su amante por toda la casa. Viajaron allí para pasar unos días sin tener que esconderse de los ojos del pueblo. Todavía no sabe que ya nunca volverá a verla. Ni que la sangre que le moja el pecho tampoco es de ella.

Hoy: Nahuel ha pasado casi todos los veranos de su vida en esa casa. Por casualidad, un día encuentra una vieja carta cuyo autor anónimo confiesa haber matado a la amante del candidato. El asesino plantea una serie de enigmas que prometen revelar su identidad y la ubicación del cuerpo. Entusiasmado, Nahuel comienza a descifrar las pistas pero pronto descubre que, incluso después de treinta años, hay quienes prefieren que nunca se sepa la verdad sobre uno de los misterios más intrincados de aquella inhóspita parte del mundo.

¿Qué pasó con Fabiana Orquera?



www.cristianperfumo.com

CAZADOR DE FARSANTES

“Si estás viendo esto, es porque estoy muerto”, dice a la cámara el periodista Javier Gondar pocas horas antes de que le peguen un balazo en la cabeza. En el video, Gondar señala como culpable de su asesinato al Cacique de San Julián, uno de los curanderos más famosos de la Patagonia.

Tras una experiencia difícil, Ricardo Varela se inicia en un extraño hobby: filmar con cámara oculta a chamanes y brujos de su ciudad y exponer sus trucos en Internet. No sabe si existe la brujería, ni le interesa demasiado. De lo que sí está seguro es que su ciudad está llena de farsantes sin escrúpulos dispuestos a prometer salud, dinero y amor a cualquiera que quiera creer. Y pagar.

Para Ricardo, enfrentarse al Cacique es la única forma de cerrar una herida que lleva dos años abierta. Sabe que tendrá que poner en riesgo su vida, y no le importa. Lo que no se imagina es que ese brujo no es más que el primer eslabón de una macabra trama que lleva años cobrándose vidas en nombre de la fe.



www.cristianperfumo.com